



MUNICIPALIDAD DE
LIMA



BICENTENARIO
PERÚ 2021

Elegías y odas



Juan Nicasio Gallego

JUAN NICASIO GALLEGO

ELEGÍAS Y ODAS



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Juan Nicasio Gallego Fernández

Nació el 14 de diciembre de 1777 en Zamora, España. Fue un poeta de la ilustración española.

Su estilo es considerado como parte de la transición entre el neoclasicismo y romanticismo literario. El libro más representativo del poeta es *Obras poéticas* (1854).

Falleció el 9 de enero de 1853 en Madrid, España.

Elegías y odas

juan Nicasio Gallego

Christopher Zeceovich Arriaga
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Manuel Alexander Suyo Martínez
Corrección de estilo: Katherine Lourdes Ortega Chuquihuara
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2021

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

ELEGÍAS

Elegía I

El dos de mayo

1808

Animus meminisse horret, luctuque refugit
Virg. En.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
del miserable que esquivando el sueño
profundas penas en silencio gimen,
no desdeñes mi voz: letal beleño
presta a mis sienes, y en tu horror sublime
empapada la ardiente fantasía,
da a mi pincel fatídicos colores
con que el *tremendo día*
trace al fulgor de vengadora tea,
y el odio irrite de la patria mía,
y escándalo y terror al orbe sea.
¡Día de execración! La destructora
mano del tiempo le arrojó al averno;

mas ¿quién el sempiterno
clamor con que los ecos importuna
la madre España en enlutado arreo
podrá atajar? Junto al sepulcro frío,
al pálido lucir de opaca luna,
entre cipreses fúnebres la veo:
trémula, yerta y desceñido el manto,
los ojos moribundos
al cielo vuelve que le oculta el llanto;
roto y sin brillo el cetro de dos mundos
yace entre el polvo, y el león guerrero
lanza a sus pies rugido lastimero.
¡Ay!, que cual débil planta
que agosta en su furor hórrido viento,
de víctimas sin cuento
lloró la destrucción Mantua afligida!
Yo vi, yo vi su juventud florida
correr inerme al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,
en quien su honor y su defensa fía,
la condenó al cuchillo.
¿Quién, ¡ay!, la alevosía,
la horrible asolación habrá que cuente,

que, hollando de amistad los santos fueros,
hizo furioso en la indefensa gente
ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
gritando se despeña
la infame turba que abrigó en su seno.
Rueda allá rechinando la cureña,
acá retumba el espantoso trueno,
allí el joven lozano,
el mendigo infeliz, el venerable
sacerdote pacífico, el anciano
que con su arada faz respeto imprime,
juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime
de los duros satélites en torno
la triste madre, la afligida esposa
con doliente clamor: la pavorosa
fatal descarga suena
que a luto y llanto eterno las condena.
¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
¡Cuántos ayes donde quiera! Despavorido
mira ese infeliz
quejarse al adalid empedernido
de otra cuadrilla atroz. «¡Ah!, ¿qué te hice?,

exclama el triste en lágrimas deshecho.
Mi pan y mi mansión partí contigo,
te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
templé tu sed, y me llamé tu amigo:
¿y hora pagar podrás nuestro hospedaje
sincero, franco, sin doblez ni engaño,
con dura muerte y con digno ultraje?». El monstruo infame a sus ministros mira,
y con tremenda voz gritando ¡fuego!,
tinto en su sangre el desgraciado expira.
Y en tanto ¿dónde se esconden,
dónde están, oh cara patria, tus soldados,
que a tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
por jefes sin honor, que haciendo alarde
de su perfidia y dolo
a merced de los vándalos te dejan,
como entre hierros el león, forcejan
con inútil afán. Ustedes solo
fuerte *Daoiz*, intrépido *Velarde*,
que osando resistir al gran torrente
dar supiste en flor la dulce vida
con firme pecho y con serena frente;
si de mí, libre musa

jamás el eco adormeció a tiranos
ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
allá del alto asiento
a que la acción magnánima te eleva
el himno oye que a tu nombre entona,
mientras la fama alígera le lleva
del mar de hielo a la abrasada zona.
Mas, ¡ay!, que en tanto sus funestas alas
por la opresa metrópoli tendiendo,
la yerma asolación sus plazas cubre,
y al áspero silbar de ardientes balas,
y al ronco son de los preñados bronce
nuevo fragor y estrépito sucede.
¿Oyes cómo rompiendo
de moradores tímidos las puertas,
caen estallando de los fuertes gonces?
¡Con qué espantoso estruendo
los dueños buscan que medrosos huyen!
Cuanto encuentran destruyen
bramando los atroces forajidos
que el robo infame y la matanza ciegan.
¿No ves cuál se despliegan
penetrando en los hondos aposentos
de sangre, y oro, y lágrimas sedientas?

Rompen, talan, destrozan
cuanto se ofrece a su sangrienta espada.
Aquí matando al dueño se alborozan,
hieren allí su esposa acongojada:
la familia asolada
yace expirando, y con feroz sonrisa
sorben voraces el fatal tesoro.
Suelta, a otro lado, la madeja de oro,
mustio el dulce carmín de su mejilla
y en su frente marchita la azucena,
con voz turbada y anhelante lloro
de su verdugo ante los pies se humilla
tímida virgen de amargura llena;
más con furor de hiena,
alzando el corvo alfanje damasquino,
hiende su cuello el bárbaro asesino.
¡Horrible atrocidad!... ¡Treguas, oh musa,
que ya la voz rehúsa
embargada en suspiros mi garganta!
Y en ignominia tanta
¿será que rinda el español bizarro
la indómita cerviz a la cadena?
No, que ya en torno suena
de Palas fiera el sanguinoso carro,

y el látigo estallante
los caballos flamígeros hostigan.
Ya el duro peto y el arnés brillante
visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero:
¡Venganza y guerra!, resonó en su tumba;
¡venganza y guerra!, repitió Moncayo;
y al grito heroico que en los aires zumba
¡venganza y guerra!, claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero
alza al bélico son la regia frente,
y del Patrón valiente
blandiendo altivo la nudosa lanza,
corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!
¡Oh sombras infelices
de los que aleve y bárbara cuchilla
robó a los dulces lares!
¡Sombras inultas que en fugaz gemido
cruzan los anchos campos de Castilla!
La heroica España, en tanto que, al bandido,
que a fuego y sangre de insolencia ciego
brindó felicidad, a sangre y fuego
le retribuye el don, sabrá piadosa
daros solemne y noble monumento.

Allí en padrón cruento
de oprobio y mengua, que perpetuo dure,
la vil traición del déspota se lea,
y altar eterno sea
donde todo español al monstruo jure
rencor de muerte que en sus venas cunda
y a cien generaciones se difunda.

Elegía II

A la muerte del duque de Fernandina,
hijo de los duques de Villafranca
1816

¿Qué triste son, qué canto dolorido
detiene el curso al raudo Guadalete
y en tono sepulcral hiere mi oído?
Entre el manso ruido
del fúnebre ciprés que arrulla el viento
¿no escucho el caro acento,
los tiernos ayes de mi ilustre amigo
que, solo, al pie de un túmulo suspira?
¿Estos no son los ecos de su lira?
Sí, que mi pecho en llanto se deshace,
y allá en el polvo, donde olvidada yace,
se escuchan, ¡ay!, por dulce simpatía
tristes gemir las cuerdas de la mía.
¿Será, ¡mísero yo!, que infausta estrella
del caro fruto de su amor le prive,
o el sol hermoso, en cuya lumbre vive,
llore eclipsado de su esposa bella?

¡Antes la santa huella
del lento cenobita oprima el mío
que ver, oh, Aspasia, tu sepulcro frío!
Mas, no: de su lamento
es otra la ocasión. En son agudo
clamar las torres de Sidonia siento,
que redobla el pavor del campo mudo.
Ya la fúnebre nueva
por los góticos claustros se difunde
rápida como el viento que la lleva,
y el eco de la noche en el desierto
repite ¡ay, Dios! que Fernandina es muerto.
¡Ah! ¿Y es verdad? ¡Ni su inocente vida
que el verdor no gozó de veinte abriles
de tan aciago fin salvarle pudo!
¡Ni el vigor de sus años juveniles,
ni el alto alcázar, ni el dorado techo
fueron al golpe atroz bastante escudo!
¡Y en tanto satisfecho
de lustros y de crímenes cargado
triunfa el protervo y la virtud oprime!
¡Y en tanto el desgraciado,
que, en la amargura gime
y a quien más que el morir la vida espanta,
mal su grado encanece
y a par que en años en miserias crece!...

¡Oh, Providencia inescrutable y santa!
¡Cuánto de aquellos días
el recuerdo me aflige en que la ausencia
del cautivo monarca lamentando
el lento curso de la edad sentías!
Te vi, te vi mil veces
probar el temple a la flamante espada,
y la clin del bridón con blanda mano
impaciente halagar bañado en gozo.
Yo vi tu faz de cólera inflamada
(que del naciente bozo
la débil sombra matizaba apenas)
al son del parche y al marcial estruendo,
y en noble saña hirviendo
la sangre de Guzmán henchir tus venas.
Mas ¿a qué de esta suerte
con pasadas memorias devaneo,
cual, con sueño fugaz, si en solo un punto
tanta esperanza, ¡ay, Dios!, marchita veo
al rudo soplo de áspera fortuna?
Tú que mi llanto ves, pálida luna,
tú que el usado giro terminando
una vez y otras dos, al joven viste
entre las garras del dolor luchando,
que al fin con rabia inusitada y fiera
fundió sus huesos, como el sol la cera;

al contemplar que ni un momento aplaca
su cólera inclemente,
entre el negro crespón de nube opaca
de horror velaste la argentada frente.
¿Y quién en tanto al afligido padre
dar consuelo sabrá? ¿Quién la agonía
pintar al vivo de la tierna madre
que junto al hijo exánime gemía?
«¡Ay triste!, prorrumpía:
¿Dónde mis dulces ilusiones fueron
para nunca tornar? El rico estado,
los tesoros ni el arte ¿qué valieron?
¿Quién me dijera, oh niño desgraciado,
que para verte en tan atroces penas
el ser te di, te alimenté a mi pecho!
¿A quién, ¡ay!, al morir le falta un lecho?
El mendigo infelice
hállalo en pobre paja o suelo frío;
¡y el cielo se lo niega al hijo mío!».
Dice: y alzando al lastimado acento
su voz el Duque y lánguida cabeza
en que el sello de muerte
grabado estaba y la filial ternera:
«No así al dolor rendida
quieras, dijo, señora, de esta suerte
perder conmigo tan preciosa vida.

Esos niños, mira que en torno lloran
y tiernamente te aman:
también los inocentes madre te llaman
y tu afecto y protección imploran».
No dijo más: lanzando un ay profundo,
que recorrió los altos artesones,
selló la Parca el labio moribundo
y al alma abrió las fúlgidas regiones.
Se vio al letal gemido,
cual bella palma que derriba el rayo,
bajar envuelta en súbito desmayo
la triste madre al alfombrado suelo.
No tornes a vivir, que angustia y duelo
te aguarda solo y eternal quebranto,
¡desgraciada mujer! Mas ¡ay! Que en tanto
vuelve a la vida: inmóviles los ojos,
con voz quebrada, sin acción, sin llanto,
llama al hijo infeliz que no responde:
se alza y azorada,
la trenza al aire por los hombros suelta,
vaga en su busca sin mirar por dónde:
de su prole angustiada,
que sus pasos detienen y la rodea,
no oye la voz querida,
ni ve la luz febea;
que en un mar de tinieblas sumergida

sin él se juzga, y desamada y sola.
¡Musa, no más! Las nubes arrebolan
ya el alba soñolienta, a mis mejillas
las lágrimas se agolpan, y embargada
mi lengua de dolor repugna el canto.
Cesa, y en raudo vuelo,
pues a mí no me es dado, a las orillas
del Manzanares torna,
y en la tumba sagrada
depón la adelfa que tu sien adorna.
Si allí por dicha a la matrona hallares
el hijo caro demandando al cielo,
dile, y a sus pesares
dar logrará tu voz dulce consuelo
que ya ceñido de inmortal corona
en el empíreo coro
himnos de gloria venturoso entona
al Dios omnipotente en arpa de oro.

Elegía III

A la muerte de la reina de España
doña Isabel de Braganza
1819

Ostendent terris HANC tantum fata, neque ultra esse sinent...

Virg. En. VI

¿Por qué revuelta en pavoroso velo
cubres la augusta faz? ¿Qué agudas penas
de imprevisto clamor turban tu cielo?
¿Ves, oh patria infeliz, de sangre llenas
tus hazas al furor de Marte crudo
y a tu adorado rey entre cadenas?
¿Será forzoso que el potente escudo
de nuevo embraces y la lanza fuerte
que los grillos romper del orbe pudo?
¡Ay! No será; que el fallo de la muerte
ni el valor lo revoca ni el acero:
llorar, solo llorar es hoy tu suerte.
¿No hay esperanza? ¿Es cierto que su fiero

soplo extinguió la antorcha lusitana
que inundaba de luz el campo ibero?
¿Es verdad que tu excelsa soberana
brilló tan solo el término de un día,
como la rosa del abril temprana?
¡Ay! Vuelve al triste son, cítara mía;
vuelve otra vez al querellar doliente,
nunca avezada al gusto y la alegría.
Ciña el ciprés las canas de mi frente,
que argentó del pesar la mano adusta,
más bien que de los años la corriente;
y el claro nombre de Isabel augusta
oigan estas olivas y nopales
mudos testigos de mi suerte injusta.
Que no es dado a mi canto los reales
palacios penetrar, y en grato acento
de Fernando infeliz templar los males.
Tú, reina hermosa, que a tan alto asiento
por mil virtudes encumbrada fuiste,
dejando a España lágrimas sin cuento,
tú sí que escucharás el eco triste
de un desdichado, que, de angustia y duelo,
más que de luto estéril se reviste.
¿Por qué tan pronto del hispano suelo,

sorda a nuestra aflicción, huyes, señora,
sumido ya en eterno desconsuelo?
¿No hallaba aquí tu mano bienhechora
mejillas que enjugar, donde guerra impía
vertió sin fin su copa asoladora?
¡Oh! Torna, torna a la mansión que un día
de alma delicia y de placer colmaste,
y hora se cubre de tiniebla umbría,
y del pueblo leal que abandonaste
la atruena el grito y túrbala el quebranto
buscando en vano el bien que le robaste.
¿Y adónde, adónde en infortunio tanto
los ojos volverán, si tú le dejas?
¿Quién cegará las fuentes de su llanto?
Mas ¡ay! Que en balde me deshago en quejas;
que en balde emprende de la Parca dura
desarrugar mi voz las torvas cejas.
¿Ni del regio semblante la dulzura
detuvo impía el brazo a tu venganza,
ni en tan florida edad tanta hermosura?
¿Qué te ofendió la perla de Braganza,
que así empañaste su esplendor divino
cortando de dos mundos la esperanza?
¿Y es este, oh, cielo, el ínclito destino

que España a su inocencia prometía
cuando cubrió de alfombras el camino?
¡Duran tal vez las flores todavía
que holló su planta! ¡Oh tiempo venturoso
presente en mi inflamada fantasía!
Ostentosa su entrada fue: ostentoso
bajel favonio con halagos puros
meció de Cádiz en el golfo undoso;
y al bronco estruendo de los bronce duros
bella, como la diosa de los mares,
la saludaron los hercúleos muros.
Aún el rumor de aplausos a millares
oír y el grito de las torres creo,
y el festivo sonar de mil cantares.
Al fulgor de la antorcha de Himeneo,
modesta, hermosa, plácida, lozana,
llegar la ven las playas de Mnesteo,
y al dulce lado de su dulce hermana
con ansia noble y anhelante prisa
la cerca el pueblo fiel, corre y se afana.
Ella, que en este afán su amor divisa,
responde grata con galán saludo,
su labio de coral bañado en risa.
Por verla el padre Betis, con nervudo

brazo apartó los juncos de su frente,
y a espectáculo tal se paró mudo.
En triunfo la llevó la hispana gente
con júbilo sin par y altos loores,
Manzanares humilde, a tu corriente;
y entre marciales salvas y entre flores
llegó a los brazos del augusto esposo
sembrando hechizos y cogiendo amores.
Mas ¡ay de mí!, ¿qué vale que engañoso
prestigio alegres horas me recuerde,
si ya son hoy tormento doloroso?
Que no más pronto, ¡oh, Dios!, su aliento pierde
por el pérfido plomo sorprendida
blanca paloma entre la grama verde,
que en flor le arrebató la dulce vida
como rayo veloz muerte villana
abriendo un solo golpe tanta herida.
¡Oh frágil pompa! ¡Oh condición humana!
¿En qué cimiento tu firmeza estriba,
vago sueño, humo leve, sombra vana?
Por más que el globo círculos describa,
no olvidará Madrid la infausta escena
que en lágrimas bañó de sangre viva.
Ajada vio en tu cuello la azucena,

malograda Isabel, y a los leones
del desierto dosel rugir de pena.
Mal suplida en los lúgubres salones
de tus ojos miró la muerta lumbre
por el triste fulgor de cien blandones.
Del alcázar la inmensa pesadumbre
tembló de espanto al súbito alarido
que lanzó la aterrada muchedumbre.
Uno madre la llama; enardecido
otro a los cielos su oración levanta
del alto sollozar interrumpido;
anhelan estos por besar la planta
de su reina infeliz; aquel prostrado
susurra triste su plegaria santa.
Cerca, después, del féretro agolpado
con gemidos el pueblo la seguía
al sordo son del parche destemplado,
y a par que el eco vago repetía
confusas quejas contra el hado ingrato,
dobló un anciano su rodilla fría.
Miró lloroso el fúnebre aparato,
y al viento dio su trémula querella,
del profundo dolor suspenso un rato.
«¡Adiós por siempre, dijo, reina bella,

de madres y princesas gran modelo,
gloria de Portugal, de España estrella!
¡Cuántas semillas de tristeza y duelo
de perpetuo crecer y hondas raíces
deja tu esencia al castellano suelo!
Ya más no te hallarán los infelices
que socorrió tu mano, ni el guerrero
te mostrará sus largas cicatrices.
Ni escucharás el viva placentero
del pueblo aclamador, que, en tierra fijos
sus ojos, cambia en luto lastimero.
De ti esperaba el fin a los prolijos
y acerbos males, que discordia impura
sembró con larga mano entre tus hijos.
No pocos ¡ay! No pocos en oscura
mansión, al deudo y la amistad cerrada,
redoblan hoy su llanto de amargura.
Otros gimiendo por su patria amada
el agua beben de extranjeros ríos
mil veces con sus lágrimas mezclada.
Mas si oye el cielo los sollozos míos,
si un ángel lleva al solio refulgente,
mensajero de paz, los votos píos,
por ti tendrá del Padre omnipotente

mi rey consuelo en su mortal quebranto,
prosperidad y unión la hispana gente».
Dijo, y tornó a llorar. Callada, en tanto,
con ademán doliente se acercaba
la regia comitiva al templo santo.
Ya el cántico sagrado se escuchaba
del cóncavo metal al ronco trueno
que en los atrios inmensos resonaba.
¡Ay! Que ya para siempre aquel sereno
rostro, en medio a las preces funerales,
marmórea tumba recibió en su seno!
Dándola entonces los eternos vales,
cayó la losa: al lúgubre ruido
retemblaron las urnas sepulcrales,
y en su centro se oyó largo gemido.

ODAS

Oda I

El rizo de Corina

1801

¡Oh dulce prenda por mi bien hallada,
don amoroso de mi amante dueño,
tú que halagüeño a su belleza diste
nuevos hechizos;

lindo cabello, que escuchaste un día
los tiernos ayes de mi ninfa ausente,
cuando en su frente te meció travieso
manso favonio!

Dime, te ruego, si de mí se acuerda;
si por su amigo suspirar la oíste;
dime si viste de la ausencia el llanto
vivo en sus ojos.

Así seguro de voraces llamas
gozarte puedas en su faz hermosa,
seña amorosa con ardid formando,
cifras y flores.

¿Callas? ¿Qué anuncia tu silencio triste?

¿Tal vez que el soplo del olvido pudo
matar sañudo de mi amor la llama
mustio en su pecho?

No; que yo he visto en mi cruel partida
de sus luceros lágrimas fogosas
correr copiosas hasta el albo seno
nido de amores.

¿Callas? Te entiendo: venturoso un día
plácido ornabas su gentil cabeza,
y hoy en tristeza y soledad envuelto
lloras tu estado.

Ni ya los ojos de mi bien me ocultas;
ni te ensortijas de su sien en torno;
ni el simple adorno de tus bellos rizos
luce en su cuello.

Ni ya te ostentas con primor cogido
de rica joya, o cándida guirnalda;
ni por su espalda juguetón ondeas
libre y airoso.

Débil juguete de fortuna instable
gloria tan alta mísero perdiste.

Así yo triste de la excelsa cumbre
vine al abismo.

Desde la cumbre de sus dulces brazos

vine al abismo de insondable pena,
en donde llena de despecho el alma
yace sumida.

Tú solo puedes de tan dura ausencia,
rizo precioso, suavizar el ceño:
tú de mi dueño mudamente hablando
templas mis males.

Grato recuerdo de mi fiel Corina,
mi amante pecho tu morada sea,
que en él campea su gallarda imagen
copia de Venus.

La verás siempre de mi fe señora,
gloria y encanto y esperanza mía
hasta aquel día que la madre tierra
cubra mis huesos.

Oda II

A Corina ausente en su cumpleaños
1801

Ya al esplendor de Febo
brilla del Aries el vellón dorado,
Corina, y ya de nuevo
de flor se viste el prado,
y alegre salta el tímido ganado.
Ya el león carpetano
la nieve arroja de su helada greña,
que hasta el sediento llano
baja de breña en breña,
y en arroyos de plata se despeña.
Ya vuelve primavera
dando al cielo fulgor, y al campo flores;
ya su voz hechicera
sueltan los ruiseñores
a la dulce estación de los amores.
Ya del zagal sencillo
se oye el tierno cantar, y en pos resuena

su blando caramillo,
y la campiña amena
de alegres juegos y placer se llena.
Ya en fin se acerca el día,
en que abrumada del invierno triste
recobró su alegría
la tierra, y tú naciste,
y nuevo ser con tu beldad le diste.
Así dio vida al suelo
del primitivo abril la fértil huella:
así en oscuro cielo
nació brillante estrella,
y en su concha de nácar Venus bella.
Que de tu rostro hermoso
tanto la luz se esparce y reverbera,
cual tiende el sol fogoso
la rubia cabellera
bañando en oro la oriental ribera.
Y más vivos colores
tu boca ostenta de carmín divina,
que entre nevadas flores
la fresca clavellina
al sonreír del alba matutina.
¡Ay! Tan gentil belleza

goza, Corina, impenetrable al sello
del tiempo y la tristeza,
y en rosa y lilio bello
cien mayos enguirnalden tu cabello.
Yo triste a crudo invierno,
y a llorar en tu ausencia condenado,
ni oigo a Favonio tierno
suspirar por el prado,
ni el trino de las aves concertado.
El fecundo rocío
igual al hielo estéril se me ofrece:
iguales hallo el río
que hinchado se embravece
y el manso arroyo que las flores mece.
¿Dónde fueron ¡ay!, Corina,
las dulces horas de delicia llenas,
cuando a la hojosa encina
entre mirto y verbenas
sombra debió tu lecho de azucenas?
En mi laúd sonaban
mi fe, mi dicha, y mi amoroso orgullo,
y con él alternaban
las tórtolas su arrullo,
y de la fuente el plácido murmullo.

¡Oh! Deme, Amor que pueda
tus gracias ensalzar, como solía,
con voz sonora y leda,
cuando la vida mía
por ti, contigo y para ti quería.
Hora el dolor que siento
con ayes solo desfogar me place;
que en triste desaliento
sumida el alma yace
y en su propio delirio se complace.

“ Noche, lóbrega noche, eterno asilo
del miserable que esquivando el sueño
profundas penas en silencio gimen,
no desdeñes mi voz: letal beleño
presta a mis sienes, y en tu horror sublime
empapada la ardiente fantasía...

| Colección
| Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA